

El abuelo Miguel

BRUNO FERRERO

Cada vez son más los ancianos que conviven con sus familias. ¿Son realmente “una bendición” o son, como dicen algunos, “un problema”? Aprender a convivir con ellos es todo un desafío para estos tiempos que vivimos.

El trabajo de envejecer no es tan fácil

Como en las mejores familias...

El abuelo Miguel era muy anciano. Se fatigaba al caminar. Se cansaba cuando comía y, con frecuencia, ensuciaba el mantel. El hijo y la nuera se fastidiaron tanto que un día lo sacaron de la mesa familiar y le prepararon un lugar aparte, junto a la estufa. Una vez, mientras le servían la sopa, el abuelo no sostuvo bien la taza, que se cayó y se hizo añicos. ¡Un desastre!... La nuera sentenció: “De ahora en adelante comerá en una taza de madera”. El anciano suspiró e inclinó la cabeza. Al día siguiente, Miguelito, el nieto, sentado en el suelo junto al abuelo, trataba de unir entre sí unos pequeños, sutiles y curvos trocitos de madera... “¿Qué haces, Miguelito?”, le

preguntó el padre. “Quiero hacer una taza”, le respondió. “Cuando tú y mamá sean viejitos, servirá para darles de comer”.

Esta historia, presentada desde tiempo inmemorial en algunos libros de lectura, se refiere a una lastimosa realidad, cuando los ancianos del mañana sean los “cuarentones” de hoy.

Viejos son los trapos

Integramos la primera generación que tiene que enseñar a sus hijos una cultura de la ancianidad. Aunque muchos ‘viejos’ viven serenamente el avance de su edad, reconocemos que ‘el trabajo de envejecer’ no es tan fácil como parece.

Es un camino muchas veces tortuoso y caótico, sembrado de dificultades, de ambigüedades y contradicciones, de angustias y serenidades, de amarguras y alegrías, de seguridades y temores, de repliegues sobre sí mismos y aperturas a los demás.

Pero si es difícil envejecer, también es difícil convivir con los ancianos, que son frágiles y necesitan mucha paciencia y tolerancia. Estas virtudes no se compran en el supermercado y, por eso, muchas familias recurren al eslogan de que “los viejos son inútiles y cuestan caro”, aunque los utilicen como ‘niñeras’ gratuitos.

En una cultura de la supereficiencia, como la nuestra, la ancianidad,

más que un estado normal de la vida, parece una herida, una desviación, una culpa. Muchos se la imaginan como una tétrica y despersonalizante sala de espera de la muerte.

Los ancianos, para seguir siendo personas, necesitan de quienes forman parte de su ambiente social y familiar. Requieren la ternura de sus seres queridos, mucho más que durante su edad adulta y casi como en el momento de su primera infancia. Cuando son arrancados de la vida familiar, sienten una exclusión (¿o expulsión?) que los mortifica en el sentido etimológico de la palabra.

“Juventud, divino tesoro...”

Reza el poema, aunque la verdadera riqueza se adquiriera con la ancianidad. Cada anciano es un archivo de experiencias, un cofre cargado de sabiduría acumulada durante años. Su mayor legado no lo constituyen los bienes materiales sino el conjunto de recuerdos, ilusiones, secretos, estilo de vida, costumbres, aspiraciones y esperanzas llamado ‘es-píritu de familia’.

Ellos lo aprendieron desde su niñez, posiblemente de sus abuelos, bajo la forma de historias y recuerdos entrañables, con el encanto de tiempos antiquísimos. Y ahora, en la edad de los achaques y la sabiduría, vuelven a volcarlo en sus nietos.

Éstos sienten que sus abuelos son el signo de estabilidad en los afectos familiares, con su testimonio de tiempos lejanos, cuando mamá y papá eran niños. Ellos reconstruyen hacia atrás el barrio y sus historias: cuando la pequeña escuela ocupaba el predio de la actual panadería; cuando no habían supermercados y las compras se hacían en ‘la tienda’; cuando no había tarjetas de crédito, y el almacenero depositaba su confianza en ‘la libreta’; y que donde está la piscina del club había un pequeño lago, donde se conocieron mamá y papá.



Con esos relatos, el niño percibe la continuidad de los afectos y va teniendo la sensación de que su familia existió siempre, y deberá seguir existiendo. Y esto es muy importante para los niños de nuestro tiempo, atacados por una sociedad frenética e insegura. El mayor temor de los niños es que se destruya su mundo afectivo. La presencia de los abuelos, sólida y duradera a través de un tiempo que a los nietos les parece sin límites, da ciertamente seguridad y fortaleza. Cuando fallece un anciano, se pierde una biblioteca.

Los que siempre tienen tiempo

En una ingenua redacción escolar, un niño presentaba a sus abuelos: “Una abuela es una señora que no tiene hijos suyos y que quiere a los hijos de los demás. Un abuelo es una especie de abuela masculina. Los abuelos no tienen otra cosa que hacer que existir siempre. Son tan ancianos que no pueden hacer trabajos pesados o correr. Cada tanto me llevan a pasear, y siempre tie-

nen alguna moneda para mis gustos. Si vamos de la mano, disminuyen el paso cuando ven hojas o piedras, y nunca nos dicen ‘¡apúrate!’.

Generalmente son gordos, pero no tanto como para no poder agacharse y atarse los zapatos.

Los abuelos usan lentes. Pueden quitarse los dientes y esos aparatos para oír. Los abuelos no tienen que ser inteligentes, porque sólo deben responder preguntas como ‘¿por qué Dios no se casa?’ o ‘¿por qué los perros se pelean con los gatos?’. Los abuelos no usan con los niños un lenguaje infantil, como hacen a veces las personas que vienen de visita.

Además, cuando nos leen cuentos, no saltan ninguna parte y no se enojan si les pedimos que nos cuenten siempre los mismos cuentos. Todos deberíamos tener una abuela porque las abuelas son los únicos adultos que siempre tienen tiempo”.